



NACIONES UNIDAS

ASAMBLEA
GENERAL



Distr.
LIMITADA

A/C.1/PV.870
15 octubre 1957

ESPAÑOL

Duodécimo período de sesiones

PRIMERA COMISION

ACTA TAQUIGRAFICA DE LA 870a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el martes 15 de octubre de 1957, a las 10.30 horas

Presidente:

Sr. ABDOH

(Irán)

Reglamentación, limitación y reducción equilibrada de todas las fuerzas armadas y de todos los armamentos; concertación de una convención (tratado) internacional sobre la reducción de los armamentos y la prohibición de las armas atómicas, de hidrógeno y demás armas de destrucción en masa [24]
(continuación)

Declaración hecha en el debate general sobre este tema por:

El Marqués de Santa Cruz (España)

Nota: El acta resumida de esta sesión, que constituye el acta oficial de la misma, se publicará en un documento mimeografiado con la signatura A/C.1/SR.870. Las delegaciones podrán introducir correcciones en dicha acta, las que serán tomadas en cuenta al prepararse la redacción definitiva, que aparecerá en volumen impreso.

TEMA 24 DEL PROGRAMA

REGLAMENTACION, LIMITACION Y REDUCCION EQUILIBRADA DE TODAS LAS FUERZAS ARMADAS Y DE TODOS LOS ARMAMENTOS; CONCERTACION DE UNA CONVENCIÓN (TRATADO) INTERNACIONAL SOBRE LA REDUCCION DE LOS ARMAMENTOS Y LA PROHIBICION DE LAS ARMAS ATOMICAS, DE HIDROGENO Y DEMAS ARMAS DE DESTRUCCION EN MASA (continuación):

- a) INFORME DE LA COMISION DE DESARME (resolución 1011 (XI) de 14 de febrero de 1957)
- b) AMPLIACION DE LA COMPOSICION DE LA COMISION DE DESARME Y DE SU SUBCOMISION
- c) ACCION COLECTIVA DE INFORMACION PARA QUE LOS PUEBLOS CONOZCAN LOS PELIGROS DE LA CARRERA DE ARMAMENTOS Y ESPECIALMENTE LOS EFECTOS DESTRUCTORES DE LAS ARMAS MODERNAS
- d) CESACION, BAJO CONTROL INTERNACIONAL, DE LOS EXPERIMENTOS CON ARMAS ATOMICAS Y DE HIDROGENO

El Marqués de SANTA CRUZ (España): Sean las primeras palabras que pronuncia la delegación española en esta Comisión, para felicitar a Vd., señor Presidente, por su elección para ese cargo, felicitación que hacemos extensiva al Vicepresidente y al Relator.

La delegación española aborda el tema del desarme en esta Comisión Política de la Asamblea General, poseída de un gran sentido de responsabilidad; responsabilidad, en primer lugar, ante nuestro propio pueblo, que, aunque dedicado a tareas internas de reconstrucción y desarrollo, no deja de estar alerta a las palpitaciones de la vida internacional y de sentir, como el que más, la íntima necesidad de una seguridad firme frente a los peligros que no puede evitar.

La necesidad de seguridad no es un patrimonio exclusivo de las grandes Potencias. Los demás países la siente con igual premura, aunque con una diferencia importante de matiz en su aspecto psicológico. Es cierto que no gravita sobre nosotros el peso de la decisión, el horrible privilegio de empujar al mundo por un sendero de aniquilamiento; pero ello no hace sino acrecentar el sentimiento de indefensión, de impotencia frente al mañana desconocido, y quién sabe si no será ésta la razón íntima de tantos escepticismos y oportunismos, de tantas claudicaciones como a cada paso vemos.

De esta condición nace la segunda fuente de nuestra responsabilidad. Los países como España, la inmensa mayoría de nosotros, que no pertenecemos al círculo de las Potencias nucleares, tenemos una obligación ineludible que cumplir frente a la comunidad internacional; obligación no sólo de elevar nuestra voz en un coro universal, al que Dios quiera no quede reservado el único papel de presagiar la

tragedia inevitable, sino también de erigirnos en jueces de lo que los más poderosos hacen, jueces de sus intenciones y de sus propósitos, y de exigirles que ajusten su conducta a los dictados del bien común.

Y digo esto con plena conciencia de la fortaleza de nuestra posición. Al fin y al cabo, hablando con toda sinceridad, es un hecho conocido que una buena parte de los esfuerzos de los grandes van dirigidos a movilizar en su favor la opinión pública mundial. Nosotros somos los representantes de la opinión pública mundial. Nuestra fortaleza - lo recordaba el Presidente de la delegación española en el debate general - reside en los principios morales y en el buen sentido. Nuestro lenguaje es el del hombre de la calle y - como dice la clásica expresión española - "a mucha honra", pues no sabríamos defender otra posición que no fuera la de la primacía de la persona humana con su infinita riqueza de posibilidades.

Nos acercamos, asimismo, al complicado tema del Desarme con una segunda consideración en la mente: la conveniencia de limitar nuestros esfuerzos a lo que en este momento sea posible. Buen triunfo diplomático de los occidentales y buena concesión por parte de la Unión Soviética ha sido la coincidencia de que un acuerdo parcial, aunque sobre puntos esenciales, es a la vez posible y deseable.

En este sentido, pienso que las reuniones en Londres de la Subcomisión de Desarme han revestido la mayor importancia, y que sin ellas pocas perspectivas existirían para nuestro debate de hoy. Después de muchos años de infructuosas negociaciones, una serie de concesiones recíprocas han situado el problema en un plano accesible. Es ferviente anhelo de mi delegación que esta esperanza no se desvanezca y que los recientes e importantísimos desarrollos científicos contribuyan a fomentar y no a destruir la posibilidad de un acuerdo definitivo.

¿Existe esta posibilidad? El representante de los Estados Unidos de América, señor Cabot Lodge, en su discurso ante la Comisión de Desarme contabilizó las concesiones que de una y otra parte han llevado a un acercamiento.

La Unión Soviética ha aceptado que el acuerdo sea parcial y ha reconocido la utilidad de los sistemas de inspección aérea y terrestre para prevenir un ataque por sorpresa. Ha aceptado, igualmente, la idea del control como necesaria para la eficaz inspección del cese de los experimentos nucleares. Los occidentales, por su parte, han admitido que los niveles de sus fuerzas armadas deberían ser reducidos en etapas posteriores, como la Unión Soviética solicitó; han aceptado el período de dos años sugerido por la Unión Soviética para la suspensión de experimentos nucleares, supuesto que se llegue a un acuerdo de principio sobre el cese de la producción de nuevos materiales bélicos. También accedieron a la inclusión en el sistema de inspección de los puestos de observación terrestre que la Unión Soviética pedía.

En todos estos puntos ha habido coincidencia o, por lo menos, acercamiento. Pero existen aún divergencias fundamentales, que pueden reducirse a estas dos: Primero, el unir o no la suspensión de los experimentos nucleares con el cese de la fabricación de materiales físiles destinados a nuevas armas y, segundo, el establecimiento o no de un control eficaz. Ambos puntos de divergencia revelan que la desconfianza reina entre unos y otros. Ningún Estado podría, de buena fe, oponerse a una suspensión de experimentos nucleares o a una limitación de armamentos o a la prohibición del arma atómica, si estuviera seguro de que esta suspensión, limitación o prohibición iba a ser universal, simultánea y efectiva. En materia de vida o muerte para los Estados, no bastan las buenas razones, sino los fríos hechos: la propuesta soviética de obligarse a la no utilización de armas atómicas, sin proceder previamente al cese de su producción y a la destrucción de las reservas existentes, no es realista. Aun está muy reciente aquella impresionantemente ceremonia en la Sala del Reloj del Quay d'Orsay, en que las altas partes contratantes, a solicitud de dos grandes estadistas -Briand y Kellogg- se obligaron solemnemente a renunciar a la guerra como instrumento de política nacional. Aun diré más. El actual mapa político del mundo debe su configuración en bloques defensivos a este clima de desconfianza y a esta necesidad de seguridad y realismo. No hay nada especialmente atractivo en las actuales agrupaciones defensivas que haga a las naciones buscarlas por sí mismas o aspirar a pertenecer a ellas. El sentimiento de solidaridad que producen puede conseguirse más fácil, y más gratamente, por otros medios. Las agrupaciones defensivas de hoy día que, como digo, son consecuencia de la falta de confianza, tienen además - y esto nos lo recordaba el representante de Filipinas en el

debate general - muy onerosas repercusiones sobre las economías de los países participantes. No existen, pues, por gusto, pero ahí estarán hasta que sepamos encontrarles un substitutivo mejor.

Prestemos oídos, pues, a las voces que nos dicen que deben cesar los experimentos nucleares. Nadie más convencido de ello que nosotros, pero sepamos al mismo tiempo que por ese mero hecho nada positivo se hace en el camino del desarme, si se deja la puerta abierta a que las reservas de bombas atómicas vayan aumentando, en vez de disminuir y desviarse hacia fines pacíficos. No creemos tampoco que la suspensión de esos experimentos vaya a tener un efecto inmediato, per se, en el mejoramiento de las condiciones que actualmente prevalecen.

Sin otras medidas adecuadas, como el cese de la producción de nuevos materiales con fines bélicos, la conversión de los depósitos atómicos existentes en instrumentos pacíficos y la creación de un sistema de inspección eficaz, si no va acompañado de estos medios, digo, es probable que un cese, sin más, de los experimentos que actualmente se llevan a cabo, sólo produzcan un desasosiego mayor y una desconfianza más acentuada en los que ven así limitada su posibilidad de avance.

Y pasemos un momento al tema del control. No se trata de discutir aquí los aspectos técnicos de este control, que pueden ser muy difíciles de precisar. El Secretario de Estado para Negocios Extranjeros del Reino Unido ha aludido, en cierta ocasión, a la necesidad de que un grupo de consejeros técnicos se reúna para contestar a las preguntas que una aplicación práctica del control sugieren. La vida internacional moderna registra cada día más acentuados fenómenos de regulación de actividades, hasta ahora estrictamente nacionales, por parte de los grupos supranacionales. Voluntariamente los países se agrupan y las formas de control por la organización así creadas aparecen naturalmente. No puede extrañar a nadie, por tanto, que en el campo de desarme se presente la idea del control como una solución inmediata a muchos problemas. En todos los diferentes aspectos de las propuestas aquí presentadas aparece dicha idea: Primero, control para asegurar el cumplimiento de la obligación de suspender los experimentos nucleares. Segundo, control del cese de la producción de materiales físis para armamentos y de la utilización de los existentes para fines pacíficos.

Tercero, inspección terrestre y aérea para evitar ataques por sorpresa. Cuarto, vigilancia de las reducciones de las fuerzas armadas y de los armamentos, hasta los límites convenidos, y quinto, regulación del uso de proyectiles estratoesféricos. En algunos de estos puntos han coincidido los soviéticos con los occidentales. A los que desconfían de la necesidad o la posibilidad de un control eficaz, podemos decirles que, contra lo que se ha dicho, inspección no es dominación. Pudiera serlo si se tratara de una inspección impuesta u obligatoria, llevada a cabo por una sola Potencia, pero si se trata de una inspección libremente aceptada y efectuada por un organismo internacional, la inspección no es dominación, sino seguridad.

He de insistir también, señor Presidente, en la importancia que tiene, sobre todo para las Potencias medianas y pequeñas, el desarme en armas de tipo convencional y la limitación de fuerzas armadas, hasta el punto en que unas y otras pierdan su efectividad ofensiva y sólo sirvan para la legítima defensa. Es un error creer que, puesto que ya existen las armas nucleares, toda guerra limitada al empleo de las armas de tipo convencional es un contrasentido.

La guerra limitada es posible cuando se libra en zonas grises, con objetivos políticos limitados y no esenciales al poder nacional y respecto a los cuales ningún beligerante está dispuesto a correr el riesgo de una guerra atómica. Pero precisamente desde que se empleó por primera vez el arma atómica, la limitada es la única clase de guerra que se ha librado en el mundo. Estas guerras - limitadas desde el punto de vista de las grandes Potencias - han sido desgraciadamente totales para los pueblos víctimas de ellas. No hay mucha diferencia entre morir lentamente por un arma cortante o ser pulverizado instantáneamente por una explosión nuclear gigantesca.

La humanidad teme la guerra y qué mejor prueba de ello que este debate, donde cada palabra que suena ha sido pronunciada a impulsos de un deseo de paz, de tranquilidad, de convivencia, de seguridad. Nosotros creemos, esencialmente, que la guerra no es inevitable. No se diga que esta postura es fácil de adoptar para un español, por pertenecer a un país que desde que luchara en legítima defensa a principios del siglo XIX en la guerra de la independencia, no ha intervenido en ningún conflicto bélico europeo. Porque aunque ello es cierto, y no hace más que confirmar la gloriosa tradición universalista y católica - en el sentido etimológico de la palabra - de España, que jamás incurriera, por ser sobrenacional, en el pecado de la herejía nacionalista, no lo es menos que, ni somos egoístamente aislacionistas, ni dejamos de aceptar plenamente, como otras Potencias internacionalmente más comprometidas, la responsabilidad que proporcionalmente nos corresponda, sin que jamás rehusemos el luchar con las armas en la mano para defender la justicia y la paz internacionales frente al agresor que quisiera arrollarlas.

Sería vergonzoso, para nosotros los diplomáticos, que mientras las ciencias físicas y biológicas, con audacia sin par, están conquistando para el hombre el dominio macrocósmico de los espacios interestelares y el microcósmico de las células de los genes, no pudiéramos, en las ciencias sociales, convertir en realidad el primero de los Propósitos contenido en el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, a saber ... "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles", y que a la tercera destruiría a la humanidad entera, sin distinción de beligerantes ni neutrales.

No; esta delegación es optimista porque cree que la guerra no es inevitable. Es cierto que la guerra ha sido una constante histórica hasta nuestros días, pero ello nada dice, ni en pro ni en contra, respecto al problema esencial, a

saber si la guerra es esencialmente contingente o necesaria a toda sociedad humana, porque según sea lo uno o lo otro, será o no inevitable y podremos el día de mañana rectificar lo que hasta hoy ocurriera.

La guerra no es un fenómeno biológico fatalmente necesario. Se ha dicho que la guerra es una ley de toda naturaleza viviente, que en ella reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescripta, que arma todos los seres in mutua funera, inscribiendo el decreto de la muerte violenta en las fronteras mismas de la vida. La guerra no sería más que una consecuencia del instinto de subsistencia y procreación, común a hombres y animales: damos la muerte para asegurar la vida.

Ignoran los que tal afirman, el carácter específico del obrar humano, cualquiera que sea su precedencia en la escala zoológica. La guerra no puede jamás ser comprendida desde el punto de vista de las leyes biológicas, porque a estas leyes hay que añadir un factor nuevo: el espíritu. Los animales están sometidos a la forzosa determinación de leyes naturales y basta descubrir el estímulo para que la respuesta del reflejo condicionado se siga automáticamente. Pero en el hombre no, porque además de animal es un ser libre. La guerra es conflicto de poder y voluntad libre de esas personas espirituales colectivas que denominamos Estados.

Como dijera un ilustre filósofo español "La guerra no es un instinto, sino un invento". Toda guerra ha sido querida por el hombre. Toda guerra ha tenido causas, pero todas estas causas, motivos o explicaciones de la guerra -sean causas psicológicas, de utilidad económica, de impulsión ideológica -proponen al hombre objetivos que pueden obtenerse mejor o más fácilmente con otras técnicas sociales.

El representante de Irlanda, Sr. Aiken, indicó en el debate general que cuando las masas de armamentos y las fuerzas armadas llegan a tener un determinado volumen, ocurre como con la masa crítica de los cuerpos físis, que la explosión es segura. Seguía con ello la vieja teoría de que la guerra es un producto inevitable de una técnica alocada. Ahora bien, dejando a un lado el otro remedio para ello - que es el objetivo común de todos nosotros: reducir los armamentos antes que se conviertan en masa crítica - lo cierto es que la guerra no es el producto inevitable de la técnica moderna y que todas las cuestiones de importancia de la guerra estaban ya planteadas a la humanidad al comienzo del neolítico, aunque en lugar de bombas de hidrógeno usaran los hombres para matarse palos de madera, flechas de sílex o puñales de obsidiana.

Con palos o con bombas atómicas, con quijada de asno- como Caín matara a Abel - o con proyectiles autopropulsados y autocódirigidos, lo cierto es que la guerra no es inevitable que las armas desde las más primitivas e inocuas, a las más devastadoras, no pasan de ser "las muchachas de servicio" del arte de la guerra, que es el arte de manejar a los hombres que han de usarlas; porque las armas, por muy automáticas que sean, no se disparan solas.

El armamento, pues, hará la guerra más probable, más sangrienta y más destructora, pero no fatalmente necesaria.

La guerra es un fenómeno genuinamente político, sometido a las leyes de la política, de una política que en lugar de escribir notas, libra batallas. La guerra no es más que la forma violenta de la política. Pero la política es el despliegue de la voluntad de poder para la realización de un plan concreto de bien común. La guerra es, pues, un fenómeno esencialmente social, histórico. La guerra - como toda técnica al servicio del hombre - tiene, ciertamente, su gramática propia, pero no una lógica independiente. Es sólo un instrumento.

Pero si esto es así, si la guerra es un fenómeno político, social, histórico, un mero instrumento al servicio de la voluntad del hombre, que por muchos factores biológicos, psíquicos, ideológicos o económicos que le condicionen jamás llegarán a determinarle totalmente y arrebatarse un último alcázar irreductible de libertad, entonces la guerra es evitable; no sólo toda guerra en concreto, como fácilmente se colige, sino, incluso, la guerra en abstracto, porque la guerra será una consecuencia de una determinada estructura de la sociedad internacional. Convirtamos el actual pluriverso político en un universo y la guerra será imposible. Sólo mediante una organización política eficaz del mundo, en la forma que propugnara "Su Santidad Pío XII en su Mensaje de Navidad de 1944, será posible eliminar para siempre toda guerra de nuestro horizonte político. "Al frente de esta sociedad de pueblos - decía el Papa - deberá existir una autoridad que tendrá que ser verdadera y efectiva sobre los Estados miembros de ella, pero de modo que cada uno de ellos conserve igual derecho a una relativa soberanía. Únicamente así el espíritu de sana democracia podrá entrar también en el vasto y escabroso camino de la política exterior". Y continúa el Pontífice: "Al oficio de éste órgano para el mantenimiento de la paz, órgano investido de autoridad suprema, por común acatamiento, correspondería también el ahogar en germen cualquier amenaza de agresión aislada o colectiva".

Y ese órgano, con esa función, son las Naciones Unidas; por ello me permito repetir aquí lo que dije en la Conferencia Interparlamentaria de Londres: "si queremos de verdad desarmar, comencemos por armar moral y militarmente a las Naciones Unidas".

Otras voces han dicho en esta Asamblea que no son muy alegres las perspectivas del mundo. Ciertamente es; y difícil probar otra cosa frente a la realidad que contemplamos. Pero esta triste realidad debe ser, para los espíritus fuertes, un incentivo hacia la acción. No hay demasiado mérito en esta postura: la verdad es que no hay otra alternativa.

Oía al Sr. Gromyko en el debate general citar un proverbio que decía: "Bad weather is better than no weather at all". Esto que parece una contraposición, es un reflejo fiel de nuestra realidad.

Pensemos que no hay dilema porque uno de sus términos es el vacío absoluto, y el hombre, por imperativo de su propio ser, se niega a admitirlo. No es, pues, preciso elegir entre pesimismo y optimismo: no hay más que un camino.

Se nos ha presentado un proyecto de resolución firmado por 23 países, por el que nuestra Asamblea daría una serie de directivas a los Estados afectados por la cuestión del desarme y, sobre todo, a los Estados miembros de la Subcomisión.

La delegación española está de acuerdo con la propuesta. Se reserva, sin embargo, el derecho de intervenir de nuevo, si lo estima oportuno, después de haber oído otras voces que deberán elevarse en este debate. Estamos de acuerdo en una inmediata suspensión de los experimentos nucleares, sometida a un sistema de control para el que hay que establecer los puestos de observación necesarios, una vez obtenido el consentimiento de los Estados interesados.

De la misma forma, España aprueba que, a la vez que esta importante medida, se lleve a cabo el cese de fabricación de nuevos materiales atómicos destinados a fines bélicos, la dedicación de toda futura fabricación a fines pacíficos, la destrucción de las armas atómicas existentes y su conversión a fines pacíficos, la reducción de las armas convencionales y las fuerzas armadas a niveles convenidos, el establecimiento de un plan de inspección contra los ataques por sorpresa y el establecimiento de un sistema de inspección con objeto de asegurar que los proyectiles estratosféricos se utilizarán con fines pacíficos y científicos exclusivamente.

Estas medidas pueden y deben conducir a lo que es el objetivo final de los Estados aquí reunidos: un plan completo de desarme, un sistema de derecho en el que la fuerza quede sometida a la ley y en el que la comunidad internacional cuente con los medios de hacer efectivas las exigencias de bien común. Ninguna posibilidad de acuerdo ha de dejarse inexplorada. Las grandes Potencias militares tienen el deber de agotar toda vía de arreglo que se presente, y mi delegación formula votos por que así sea.

Se levanta la sesión a las 11.15 horas.